

ANALECTA MALACITANA

REVISTA DE LA SECCIÓN DE FILOLOGÍA
DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



UNIVERSIDAD DE MÁLAGA
XXII, 1 (1999)

VARIACIÓN SOCIOLINGÜÍSTICA EN EL LÉXICO *mujer, esposa y señora en el español contemporáneo*

FÉLIX RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Universidad de Alicante

BERNARD L. ROCHET
University of Alberta (Canada)

1. INTRODUCCIÓN: VARIACIÓN SOCIOLINGÜÍSTICA EN EL LÉXICO

El estudio de la variación en el léxico goza de una cierta tradición en la lingüística, pero ha recibido una atención muy diferente bajo las distintas escuelas o paradigmas lingüísticos. La variación es un concepto complejo estructurado en torno a varios ejes (espacial, estilístico y social) y aborda categorías lingüísticas (estilo, dialecto social, etc.) no siempre tomadas como unidades discretas. Debido a tal complejidad, el estudio de la variación no ha progresado de forma sustancial hasta tiempos recientes con el desarrollo de la sociolingüística.

Primeramente, el interés se centró en la variación «espacial» o geográfica, que fue estudiada por los dialectólogos. Bien entrados en el siglo xx, bajo la influencia del estructuralismo, los lexicólogos dedicados a la semántica prestaron mucha atención a las relaciones básicas y primitivas, principalmente la sinonimia, y distinguieron buen número de dimensiones de uso dentro de palabras que comparten unos mismos rasgos componenciales. Ullmann¹ examina pares y tríadas de palabras

¹ S. Ullmann, *Semantics: An Introduction to the Science of Meaning*, Basil Blackwell, Oxford, 1962, pág. 145 y sigs.

a lo largo de un continuo estilístico (por ejemplo, *buy, purchase* 'comprar'; *end, finish, conclude* 'terminar') y cita el estudio de W. E. Collinson² que considera nueve principios en la variación: literario y no literario, formal y coloquial, etc. Confrontado con una serie de opciones léxicas, la elección de un ítem particular estaría influida por varios factores tales como el tema o el campo de utilización y el estilo del individuo. También, la variación estilística podría ocurrir dentro de un texto dado por razones eufónicas, aspecto este que sería analizado después dentro del marco de la lingüística textual, al estudiar la cohesión y, de un modo más particular, la correferencia.

Los lingüistas tradicionalmente han mostrado gran sensibilidad hacia los factores «estilísticos» (o situacionales), no así hacia los factores «sociales», especialmente la clase social. El tema de la variación social atrajo el interés del público general en Gran Bretaña en los años cincuenta después de que Alan Ross publicara, en 1954, un artículo titulado «Linguistic class-indicators in present-day English» (reimpreso luego con el título «U and non U: an essay in sociological linguistics», en *Noblesse Oblige*, 1956. (*U* y *non-U* equivalen a *Upper class*, o «clase alta», y *Non Upper class*, «no alta»). La división de una serie de palabras de acuerdo con dos categorías sociales chocó a la conservadora sociedad británica. Ciertamente es que se trataba de un estudio impresionista, pero sirvió para atraer la atención de los lingüistas sobre el fenómeno.

Desde los años sesenta, la sociolingüística ha examinado la cuestión de la variación lingüística teniendo presente esta y otras dimensiones de una forma empírica, siguiendo especialmente el modelo laboviano. Sin embargo, la sociolingüística desde un principio ha dedicado su atención a la variación de tipo fonológico y morfológico o sintáctico más que a la puramente léxica, y esto por varios motivos.

En primer lugar, por razones metodológicas: al intentar obtener un estilo «vernáculo» (en la terminología de Labov) para analizar la variación sobre bases más firmes, la variación fonológica es la más fácil de someter a escrutinio y medición; por contra, el estudio de la variación léxica debe recurrir a encuestas y cuestionarios escritos en muchos casos si se quiere obtener una muestra amplia y representativa que permita estudiar la variación causada por cambios en el contexto situacional.

Por otro lado, desde un ángulo más teórico o conceptual, algunos se resisten a considerar como alternantes (o variables) sociolingüísticas a variantes que exhiben diferencias de significado, aunque sutiles, sin mencionar el hecho de que dimensiones como el estilo y el registro pueden operar simultáneamente³. Según Trudgill, es imposible hacer simples declaraciones sobre la variación lingüística y social,

² W. E. Collinson, «Comparative Synonymics: some Principles and Illustrations», en *Transactions of the Philological Society*, 1939, págs. 54-77.

³ S. C. Levinson, «Conceptual Problems in the Study of Regional and Cultural Style», en N. Dittmar y Schlobinski (eds.), *The Sociolinguistic of Urban Vernaculars*, Walter de Gruyter, Berlín, 1988, pág. 166.

porque también están implicados otros factores como el sexo del hablante y la formalidad o informalidad de la situación. Y también hay interacción entre factores sociales y regionales.

Al margen de estas dificultades, está la creencia de que no hay mucha variación en el léxico. Así, Hughes y Trudgill⁴ piensan que en el inglés estándar la variación social aparece limitada a un número bastante reducido de ítems léxicos, entre los que cita la elección entre *serviette* y (*table*) *napkin*, que indicaría un estatus social inferior. Es posible que en algunos sistemas socioculturales la asociación con la clase social alta no se refleje en una variable sociolingüística especial, según argumenta el ruso Švejcer⁵, pero la mayoría de las sociedades y grupos humanos están sujetos a una diferenciación de orden social y ésta queda plasmada de una forma u otra en la lengua. Según Wachs, Dittmar y Schlobinski se empeñan en recalcar, en su estudio sobre el estilo de Berlín, que la variación lingüística no se limita simplemente a las más visibles o superficiales variables fonológicas y morfosintácticas, y si tendemos a soslayar estos fenómenos no es más que por la dificultad de estudiarlos⁶.

Por lo que respecta al inglés, Thomas Pyles y John Algeo, en su manual *English: An Introduction to Language*, y bajo el significativo epígrafe de «U and Non U», recogen un buen número de elecciones de este tipo al explicar el fenómeno de la variación social (*sorry, pardon me; vomit, throw up*, etc.)⁷. Sobre unas bases cuantitativas, F. Rodríguez⁸ se centra en el estudio de una de ellas, la variación que se presenta en los términos de las comidas (*lunch/dinner* para el almuerzo, y *dinner/supper/tea* para la cena). Igualmente, para el francés (canadiense), Pierre Martell⁹ ofrece datos empíricos sobre algunos ejemplos de variables sociolingüísticas (*film/vue; dollar, piastre; voiture, automobile*, etc.), en relación con los parámetros edad e instrucción.

En español, a falta de estudios de importancia en esta línea, merece citarse el artículo divulgativo publicado en *ABC* bajo el título «Alto sostén y bajo sujetador» por el Marqués de Tamarón, quien intenta atraer la atención del público hacia el cúmulo de expresiones que muestran relevancia social, como *sostén, sujetador; comida, almuerzo; devolver, vomitar*, etc. Más recientemente, y también con un tinte divulgativo y aún más humorístico, el escritor Alfonso Ussía en su *Tratado de las buenas maneras*¹⁰ ofrece una lista de expresiones correctas e incorrectas,

⁴ G. Hughes y P. Trudgill, *English Accents and Dialects*, Arnold, Londres, 1979, pág. 8.

⁵ A. D. Švejcer, *Contemporary Sociolinguistics: Theory, Problems, Methods*. John Benjamins, Amsterdam/Philadelphia, 1986, pág. 75.

⁶ Citado por S. C. Levinson, *op. cit.*, pág. 161.

⁷ T. Pyles y J. Algeo, *English: An Introduction to Language*, Brace & world, Harcourt, Nueva York, 1970, págs. 39-47.

⁸ F. Rodríguez González, «The naming of meals», *English Today*, 35, 1993, págs. 45-52.

⁹ P. Martell, «Les variables lexicales sont-elles sociolinguistiquement intéressantes?», *Actes du XVI^{ème} Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes* (Aix-en-Provence, 29 agosto-3 sept. 1983), vol. 5, 1984, págs. 183-193.

¹⁰ A. Ussía, *Tratado de las buenas maneras*, Planeta, Barcelona, págs. 41-44.

bajo el epígrafe «Cosas bien y cosas mal» (por ejemplo *mi mujer* vs. *mi señora*, *mi esposa*; *vomitarse*, *devolver* vs. *arrojar*). Sin duda, esta supuesta corrección/ incorrección entraña una valoración social de modo que las expresiones reunidas por Ussía pueden relacionarse con las citadas por el Marqués de Tamarón. En ambos casos se trata de observaciones impresionistas, y por tanto inexactas o imcompletas, pero tienen el valor de suscitar el interés por el fenómeno de la variación léxica y sus connotaciones sociales¹¹.

Dentro de la variación sociolingüística léxica, un área especialmente propicia a la variación y que ha dado lugar a una extensa bibliografía es la de los tratamientos, especialmente en lenguas que cuentan con un sistema pronominal, como las lenguas romances (francés *tu/vous*, español *tú/usted*, etc.): consúltese en el pasado, la variación *you/thou* en inglés. (De una manera más técnica y precisa esta área se conceptúa en la literatura como variación morfosintáctica, debido al carácter gramatical o funcional de estas palabras). Menos estudiada e igualmente interesante es la variación de tipo puramente léxico o nominal, como la que se da dentro del campo semántico de cónyuge (femenino), lo mismo en español que en otros idiomas. Las lenguas romances ofrecen también ejemplos muy ilustrativos: cf. el francés *femme*, *dame*, *épouse*; el italiano, *moglie*, *dona*; el portugués *mulher*, *esposa*, *senhora*, *patroa*; el catalán *muller*, *dona*, *esposa*, *senyora*; y el rumano *soția*, *nevasta*, *femeia*, *muierea*). El estudio de la variación en esta área es doblemente importante, porque ilustra la complejidad de la variación implicada en la interacción social, en la que intervienen muy diversos factores, y también porque la variación constituye un cambio en curso, del que dan testimonio los comentarios recogidos en algunas obras prescriptivas, como los diccionarios de uso.

2. MUJER, ESPOSA Y SEÑORA EN ESPAÑOL PENINSULAR

Entre las distintas formas empleadas en el español contemporáneo para designar el concepto de 'cónyuge', *mujer*, *esposa* y *señora* son las más comunes¹². A pesar de las diferencias que existen entre ellas por lo que respecta a las circunstancias y frecuencia de utilización, su uso no se reduce a un grupo determinado

¹¹ A este respecto puede citarse también, en el español de Argentina, el estudio de Jorge Santiago Ghenadenik, «¿Rojo o colorado? Un ejemplo de variación inherente en dialectos urbanos», *Actas del Segundo Congreso Nacional de Lingüística*, vol. 2, Universidad Nacional de San Juan, 1986, págs. 177-179; presenta una lista de variables léxicas correlacionadas con dos grupos sociales bien diferenciados, la *calsae* media baja y la clase media alta.

¹² Menos frecuentes son *mi/la patrona*, *mi/la vieja*, *mi media naranja*, *la parienta* y otros términos pintorescos y a menudo humorísticos. A otro nivel cabe considerar la voz *compañera*, de uso entre jóvenes revolucionarios e idealistas que rechazan la institución del matrimonio. Para un estudio de los sinónimos de *esposa* y sus connotaciones, véase J. R. Lodares, *El campo léxico 'mujer' en español*, Universidad Complutense de Madrid, 1988, especialmente págs. 651-662.

o a un sector bien definido de la población¹³, si bien se ve condicionado por diferentes factores sociales y culturales. Como el origen de la variación observada en el uso actual reside en el valor connotativo de los tres términos, un breve estudio de su origen y desarrollo constituye un requisito previo para un correcto entendimiento de la situación presente.

2.1. Antecedentes históricos

Derivado del latín *mulier*, *-is* ‘mujer, esposa’, el término *mujer* ha retenido el doble significado de su étimo. Con el valor de ‘esposa’ se ha venido utilizando durante siglos lo mismo por reyes que por humildes campesinos, lo que explica que los mejores autores recurran a él para referirse a esposas de toda extracción social en las más diversas situaciones. Sin embargo, *mujer* es considerado a veces vulgar o tosco, y tal vez ésta es la razón por la que Antonio Machado¹⁴, aun reconociendo que *mi mujer* se emplea entre las clases superiores y *mi señora* entre las inferiores, no estimaba deseable que el uso de *mi mujer* se generalizase. Esta connotación tosca parece tener sus orígenes en algunos de los rasgos semánticos que *mulier* tenía en latín donde significaba ‘hembra’¹⁵ y se empleaba también para referirse a una mujer, casada o no, que vivía o había vivido con un hombre, en contraposición a una virgen.

Resulta lógico, por tanto, que *mujer* se sintiera a veces como demasiado común, o con una connotación biológica, o incluso sexual, muy baja, al menos cuando se trataba de personas de alto rango o extracción social elevada. De este modo la puerta quedaba abierta para un término sustitutivo que pudiera cumplir la función de *mujer* (esto es, indicar el significado de ‘conyuge’) al tiempo que quedara desprovisto de los rasgos que hacían incómodo el uso de éste¹⁶. El espacio fue cubierto por *señora*, término derivado del latín *senior*, *-is*, forma comparativa de *senex*, *-is* ‘viejo’. La voz *senior* en latín indicaba respeto, a menudo hacia personas mayores. Gradualmente, sin embargo, la noción de respeto se disoció de la de vejez y *senior* se empleó para indicar respeto hacia personas, mayores o jóvenes, que ocupaban una alta posición en la vida pública. En español antiguo *señor*, que tenía sólo una forma para el masculino y el femenino (en latín *senior* pertenecía a la segunda declinación de adjetivos), pronto desarrolló una forma femenina, *señora*, que podemos ver ya en *El Poema de Mio Cid*, en los

¹³ Según se indica en la nota anterior, el empleo del término *compañera* se reduce claramente a un sector de hablantes muy pequeño y bien definido.

¹⁴ A. Machado, *Juan de Mairena: Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*, vol. 2, Losada, Buenos Aires, 1968, págs. 80-81.

¹⁵ *Hembra* se emplea para animales y plantas del sexo femenino, y metafóricamente para varios dispositivos mecánicos, tales como la hembra del enchufe y la hembra del timón; empleado para personas del sexo femenino, hembra se considera muy vulgar.

¹⁶ Ésta es esencialmente la explicación para el uso de *lady* en vez de *woman* en inglés americano, según Robin Lakoff, para quien *lady* debe considerarse un eufemismo, un sustituto de una palabra que ha adquirido una mala connotación por asociación con algo desagradable o embarazoso (R. Lakoff, «Language and Woman's Place», *Language in Society*, 2, 1973, pág. 57).

Milagros de Nuestra Señora de Berceo y en otra obras literarias de los siglos XII y XIII. Por esta época *señor* había pasado a designar a los señores feudales, que poseían haciendas y recibían prestaciones de sus vasallos. Tanto *señor* como *señora* se utilizaban para referirse a personas que no pertenecían a las clases populares, junto con otros títulos medievales como *dama* y *dueña* (del latín *domina* 'dueña de la casa, reina'). Más tarde *señora* se empleó, en lugar de *mujer*, con el significado de 'cónyuge', para personas de alto rango social, viendo extender su dominio también al convertirse en un término honorífico para designar tanto *mujer* —en su significación literal— como *esposa*, cualquiera que fuese su condición social.

En cuanto a *esposa*, llegó a significar 'cónyuge' como consecuencia de un ligero cambio semántico a partir de su significado original de 'prometida' (del latín *spondere* 'prometer solemnemente, estar prometido'). Aunque *esposa* con el significado de 'cónyuge' se encuentra por primera vez en el siglo XIII¹⁷, el significado etimológico sobrevivió por un tiempo en el lenguaje elevado y así lo registra aún el *Diccionario de la Real Academia Española* así como otros diccionarios modernos.

Hoy día, sin embargo, *esposa* se emplea comúnmente con el significado de 'cónyuge'. Probablemente porque en un principio hacía alusión a un aspecto espiritual del matrimonio —a saber, la promesa solemne que conducía a él—, *esposa* ha permanecido asociado con estilos de habla elevada. Aparece en documentos oficiales (pasaportes, solicitudes de empleo, etc.), en ceremonias nupciales y en general en contextos caracterizados por un cierto grado de formalidad¹⁸.

Cuando Raquel, uno de los personajes de Unamuno, sugiere y con el tiempo consigue que su amante (Don Juan) se case con otra mujer, que debe ser solamente su *esposa* mientras ella misma es su *mujer*, ella ilustra de un modo bastante dramático y extremo los diferentes valores de los dos términos¹⁹. *Mujer* en este caso denota la consorte sexual y sentimental de Don Juan, mientras que *esposa* es el término empleado para su consorte legal, la que le dará descendencia.

En líneas generales, sin embargo, los términos *mujer*, *esposa* y *señora* tienen el mismo significado denotativo y las diferentes connotaciones que los caracterizan sólo constituyen el fondo sobre el que opera la variación. Estas connotaciones influyen en la elección de una u otra variante por interacción de los gustos y antipatías de los hablantes, su visión del mundo, su ambiente familiar y social, y las circunstancias que rodean al acto de la comunicación. Por consiguiente, no podemos esperar que todos los hablantes de una comunidad de habla coincidan en su elección de una variante particular en una situación dada. Lo que puede parecer demasiado solemne o formal a algunas personas puede ser

¹⁷ Para la evolución semántica de *esposa/-o*, véase el diccionario etimológico de J. Corominas.

¹⁸ El uso religioso de *esposa* (por ejemplo, monjas y santos son *esposas* de Cristo) puede también haber contribuido al carácter formal del término en su uso más común. (Véase E. Rodríguez Herrera, *Observaciones acerca del género de los nombres*, vol. 2, Lex, La Habana, 1947, pág. 457).

¹⁹ M. de Unamuno, *Dos madres*, en *Obras completas*, vol. 9, Vergara, Barcelona, 1958, págs. 424-455.

considerado perfectamente normal por otras, y a la inversa, el mismo término puede parecer afectado a algunos y rudo a otros. Esto está bien ilustrado en el diálogo entre un villano que llama a su cónyuge *mi mujer* y su noble suegro que le reprocha por su insolencia y le insta a llamarla en cambio *mi ilustre señora*²⁰.

NOBLE: Esa sí que es insolencia
 hablando de nuestra hija
 decir *mi mujer*.

VILLANO: ¡Me lleva
 Barrabás! Pues *mi mujer*
 ¿no es *mi mujer*?

La mayoría de las referencias a la situación actual están de hecho formuladas desde el punto de vista de la posición de los hablantes en la matriz social de su comunidad de habla. También distinguen entre casos en que los hablantes se refieren a sus propias esposas (en lo sucesivo «uso en 1ª persona») y otros en los que se habla de la esposa del interlocutor («uso en 2ª persona»).

Afirmaciones acerca del uso en 1ª persona son con mucho las más numerosas, probablemente por ser éste el contexto más proclive a la variación. En general se acepta que *mi mujer* es el término normal y que *mi señora* es característico de zonas rurales y hablantes incultos, pero ahí termina el consenso.

Mientras María Moliner describe *esposa* como «la expresión más frecuentemente usada en el lenguaje no familiar para referirse al propio cónyuge o al de otro»²¹, Emilio Lorenzo²² considera *mi esposa* como arcaico y típico de hablantes rústicos, y la Raquel de Unamuno exclama con desdén: «¡Esposa!», así dicen los zapateros: «Mi esposa»²³. Para Ángel Rosenblat²⁴, *mi esposa* es afectado en todas partes excepto en las obras escritas.

Beinhauer²⁵ está de acuerdo con Lorenzo (cf. *supra*) y considera que cuando se habla de la consorte del interlocutor, los hombres bien educados dicen *esposa*. Afirma además que ellos sólo usan *su señora* en tono de broma, haciéndose eco de la crítica de Lorenzo²⁶ a su edición de 1963 en la que escribió que *su señora* era utilizado tanto por personas de la clase alta como de la baja.

Moliner y Rosenblat añaden otra dimensión al cuadro general al centrarse en las características del interlocutor. La primera afirma que *señora* se emplea en

²⁰ Citado por Ángel Rosenblat, quien añade «Claro que eso pasa en un sainete, de 1769. Pero revela una tendencia». (*Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*, Edime, Caracas, 1960, pág. 124). A efectos de claridad los términos *mujer*, *señora* y *esposa* van en cursiva en los pasajes citados en este artículo.

²¹ M. Moliner, *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, 1966.

²² E. Lorenzo, *El español de hoy, lengua en ebullición*, Gredos, Madrid, 1971, pág. 157.

²³ M. de Unamuno, *op. cit.*, pág. 438.

²⁴ A. Rosenblat, *op. cit.*, pág. 125.

²⁵ W. Beinhauer, *El español coloquial*, Gredos, Madrid, 1968, pág. 28.

²⁶ E. Lorenzo, *op. cit.*, pág. 24.

«lenguaje popular, refiriéndose a personas de clase más elevada». Observa además que *mujer* es muy común cuando se habla acerca de «la suya propia o la de un hombre con quien tiene confianza» y añade «Suena afectado o excesivamente pulido el empleo de ‘esposa’ o ‘señora’ en estos casos». Rosenblat²⁷ observa que un mismo individuo puede utilizar términos diferentes dependiendo de la naturaleza de su relaciones con el interlocutor. Así, uno puede emplear *mujer* para referirse a su propia esposa o a la de una persona cercana a él, personal o profesionalmente, y cambiar a *señora* al hablar de la esposa de un desconocido o de un superior:

Muchos que dicen con sencillez *mi mujer* o *tu mujer*, cuando se dirigen a una tercera persona con la que no tienen absoluta confianza dirán siempre *su señora*. También en España. Un profesor de la Universidad de Madrid dice a su colega: «Saludos a su mujer». Pero si se dirige al Rector, lo más seguro es que diga a *su señora*.

Opiniones contradictorias como las expresadas por Lorenzo, Moliner, Unamuno y Rosenblat respecto a *esposa* y *señora* muestran lo inadecuado de un análisis que considera la distribución de las tres variantes en función de la clase social (o grado de refinamiento) de los hablantes²⁸. Dependiendo de las circunstancias, las mismas personas utilizarán términos diferentes y sólo incluyendo otros tipos de factores podemos esperar llegar a un correcto entendimiento de la situación. Los comentarios de Moliner y Rosenblat muestran el camino y sugieren que las características del destinatario o interlocutor deben tomarse en cuenta también. En la misma línea debieran considerarse otros aspectos del contexto situacional puesto que pueden determinar la elección entre las variantes disponibles. Del mismo modo, deberían registrarse cuidadosamente las características de los hablantes y hacerse el mayor número posible de observaciones para hacer que el análisis resultante se base en fundamentos sólidos. Teniendo en cuenta estos propósitos generales acometimos el presente estudio²⁹.

2.2. La encuesta

El análisis presentado en este trabajo se basa principalmente en las respuestas de 218 informantes a un cuestionario que se describe seguidamente. Incorpora también observaciones de situaciones vivas, siempre que un conocimiento su-

²⁷ A. Rosenblat, *op. cit.*, pág. 125.

²⁸ Interesantes pero igualmente contradictorios por incompletos son los comentarios de un artículo periodístico de Mario Ferrero, «Antropología cotidiana: mujer, esposa y señora», *Los domingos de ABC*, 24-2-1980, pág. 27, y otro de Luis Carandell, «La nueva urbanidad», *Triunfo*, noviembre 1980, pág. 95.

²⁹ Un estudio similar realizado en el francés puede verse en B. Rochet y F. Rodríguez, «Les dénominations de l'*épouse* dans les langues romanes: une enquête sociolinguistique», en *Actes du XVIII^e Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes*, vol. 7, Niemeyer, Tübingen, 1989, págs. 470-481.

ficiente de los rasgos contextuales hace posible su uso, y una discusión sobre la presencia de las tres variantes en una serie de artículos de periódicos y revistas (véase más adelante, bajo «Uso en la lengua escrita»).

El cuestionario se juzgó necesario con el objeto de reunir un número suficiente de *tokens* en contextos preseleccionados (lingüísticos y extralingüísticos) que permanecen idénticos para todos los informantes, permitiendo así una comparación de las respuestas de distintos subgrupos de hablantes y una evaluación de las respectivas influencias de una serie de factores situacionales. Estas ventajas sobrepasan en mucho las limitaciones que acompañan al cuestionario, como es el hecho de que las respuestas pueden diferir en cierto modo del comportamiento lingüístico de los informantes en un ambiente natural. Al mismo tiempo, donde se produce un patrón de variación bien definido puede esperarse que las tendencias generales se revelen con escasa distorsión, y a buen seguro con mayor fiabilidad que la que ofrecerían unos datos reunidos por medio de observaciones fortuitas. Cualquier distorsión resultante del contexto no natural introducido por el cuestionario puede atribuirse al deseo de los informantes de aproximarse a lo que ellos consideran la norma de la cuestión sometida a examen. En consecuencia dicha distorsión puede ignorarse puesto que es esa norma precisamente lo que el estudio pretende establecer.

La encuesta fue realizada en el norte y centro de España (Castilla la Vieja y Castilla la Nueva), un área que se supone relativamente libre de variación dialectal por haberse visto sometida al dominio de Castilla desde el siglo XIII. Los resultados presentados en este estudio deben por tanto considerarse aplicables a esta área solamente; de hecho el uso de *mujer*, *esposa* y *señora* en otras zonas, como Andalucía y especialmente Hispanoamérica, ofrece un cuadro bien diferente³⁰.

Los informantes fueron seleccionados al azar mediante la consulta de listas escolares en diversos centros de enseñanza y constituyeron una muestra estratificada en la que se representaron las siguientes categorías: hombres y mujeres que iban desde estudiantes de bachillerato hasta adultos de más de 60 años de edad (divididos en tres grupos de edades: menos de 25, de 25 a 45, y más de 45), y distribuidos por igual en ciudades como Madrid, Burgos y Palencia, y pequeños y grandes pueblos. La muestra se estratificó también para incorporar informantes de diferentes profesiones y niveles educativos.

Se distinguieron las cuatro categorías profesionales siguientes, que denominamos P1, P2, P3, P4:

- P1: Trabajadores manuales (*blue collar*);
- P2: Oficinistas, policías, comerciantes;
- P3: Técnicos, profesores, sacerdotes;
- P4: Médicos, abogados, directivos, etc.

³⁰ Esto se revela claramente en la literatura existente sobre los países hispanoamericanos y en un estudio preliminar llevado a cabo por los autores en el sur de España.

Las tres categorías empleadas para describir el nivel de instrucción de los informantes fueron las siguientes:

- ED1: Estudios primarios;
- ED2: Estudios secundarios (bachillerato o equivalente);
- ED3: Estudios universitarios (licenciatura o equivalente).

A cada informante se le pidió escoger entre las tres variantes que se insertaron en orden vertical en una serie de frases, como por ejemplo:

mujer
Me marchó a Málaga con mi esposa la semana próxima.
señora

Para garantizar que el significado de 'cónyuge' fuese el único posible en el hueco a cubrir con *mujer*, *esposa* o *señora*, el contexto sintáctico proporcionado para la variante contenía un adjetivo posesivo³¹, por ejemplo:

Me marchó con mi...
Me encontré con su/tu...
Mi médico se marchó a Málaga con su...

Dentro del marco sintáctico seleccionado, la elección de una u otra variante se ve determinada por tanto por las circunstancias que rodean al acto de la comunicación³².

Las frases en las que debiera entrar una de las variantes fueron de tres tipos, cada una indicando la relación entre el hablante y el «tópico», esto es, la persona referida como *mujer*, *esposa* y *señora*. A los informantes se les pidió que especificaran la variante que emplearían al hablar con otra persona acerca de la esposa de un tercero (desde ahora, «uso de 3ª persona», como se ilustra a continuación en a.), al hablar de la esposa de su interlocutor («uso de 2ª persona», b.), y al hablar de sus propias esposas («uso de 1ª persona», c.):

- a. Mi médico se marchó a Málaga con su...
- b. Hace un par de minutos me encontré a su/tu...
- c. Me marchó a Málaga con mi... la semana próxima.

En el uso de 3ª persona las frases a completar incluían tres interlocutores diferentes (un miembro de la familia, un zapatero y un director de banco) mientras

³¹ Esto eliminaba entornos en los que tanto el significado 'mujer, persona del sexo femenino' como el de 'esposa' pudieran haber tenido lugar (por ejemplo, «las mujeres jóvenes del barrio»), lo que habría hecho imposible la interpretación de los resultados.

³² Según Rosenblat (*op. cit.*, pág. 125) «*mi mujer*, *mi señora*, o *mi esposa* tienen la misma significación, aunque el buen gusto prefiere una a otra».

que el «tópico» fue caracterizado también según su profesión o grado de proximidad con el informante (médico, albañil, amigo), y edad relativa respecto a la del hablante (mayor, menor, igual)³³.

En el uso de 2ª y 1ª persona se proporcionó también la profesión (o grado de proximidad con el informante) y la edad relativa del interlocutor.

Finalmente las tres variantes se graduaron del 1 al 7 con respecto a una serie de pares adjetivales como los siguientes: «moderno—chapado a la antigua»; «respetuoso—irrespetuoso»; «formal—informal»; «progresista—conservador», etc.

Para este test de evaluación subjetiva, un índice de 3.50 (o cualquier valor aproximado) muestra que el rasgo en cuestión no se siente como relevante para la descripción de una variante dada mientras que los valores que se acercan a 7 ó 1 indican que la variante considerada está marcada (de un modo positivo o negativo) para tal rasgo.

2.3. Análisis de los resultados

Las frecuencias totales de aparición de estas tres variantes confirman que *mujer* es, con mucho, el término más común (69%; 17% para *esposa* y 14% para *señora*).

Un desglose de las respuestas según los tres modos de discurso considerados revela una diferencia significativa en las frecuencias de *mujer*, *esposa* y *señora*. Como los resultados obtenidos para el uso de 2ª persona muestran una variación mayor que los del uso de 1ª o 3ª, y por lo tanto revelan las tendencias generales en operación de un modo más nítido, serán examinados primero con vistas a establecer la importancia de los distintos factores —entre ellos las características de informantes e interlocutores— en la selección de una de las tres variantes investigadas.

2.3.1. Uso de 2ª persona

Las dos características de los interlocutores (estatus social o grado de proximidad al informante, y la edad) desempeñan un papel importante en la elección de una variante determinada. Así, tanto hombres como mujeres emplean el término *mujer* con mucha más frecuencia cuando se dirigen a un destinatario de clase baja, como el zapatero (71% para los hombres y 77% para las mujeres) que cuando hablan con un destinatario de nivel social más elevado, como el director de banco (39% y 43%) en cuyo caso favorecen *esposa/señora* de manera significativa.

Hombres y mujeres, sin embargo, difieren en un aspecto. Cuando se dirigen a una persona de bajo prestigio social (el zapatero), los varones prefieren *esposa* a *señora* (19% y 10%), a la inversa que las mujeres (7% y 16%). Esta diferencia de distribución constituye un patrón recurrente cuyas frecuencias globales para los dos grupos son las siguientes:

³³ Las diferencias de edad no se especificaron cuando la persona de la que se hablaba era un amigo, por suponer que en la mayoría de los casos los amigos pertenecen al mismo grupo de edad.

Hombres: M=61%, E=23%, S=16%

Mujeres: M=65%, E=15%, S=20%

Estos datos concuerdan con los índices de evaluación subjetiva obtenidos en este estudio, que revelan que los hombres consideran *señora* (5,03) más afectado que *esposa* (4,86), al contrario que las mujeres (4,58 y 4,73, respectivamente). Al mismo tiempo los hombres sitúan *esposa* más alto que las mujeres en la escala de corrección (5,31 vs. 4,96) y en la de progresismo (4,14 vs. 3,74).

Además, se observa que ellas emplean *mujer* con más frecuencia que los hombres en el uso de 2ª persona (77% vs. 71%). Hay que reconocer que esta diferencia es pequeña pero que se repite insistentemente en todos los casos examinados en el cuestionario. Probablemente se debe al hecho de que mientras las mujeres hablan acerca de su propia clase, los hombres encuentran más fácil o más necesario mostrar un alto grado de deferencia hacia el otro sexo. Uno se ve tentado a hablar de distancia entre el hablante y el tópico (en este caso biológica, o, más probablemente, distancia sociocultural). Es muy posible, sin embargo, que se trate de algo más que de mera distancia, y si la situación se invirtiera, es dudoso que las mujeres mostrasen más deferencia hacia los hombres. Más bien cabe interpretarlo como una relación unilateral, asimétrica, en la que las mujeres exigen un tratamiento especial, más respetuoso por parte de los hombres, tendencia general que Rosenblat atribuye a «un impulso de todos los tiempos y de todos los países a dar a la mujer un tratamiento (¿acaso también un trato?) cada vez más exquisito»³⁴.

Básicamente el mismo patrón de variación se obtiene para los habitantes de la ciudad y el campo, aunque en estos últimos puede observarse una tendencia mucho más pronunciada a utilizar *señora* (y con más frecuencia que *esposa*) cuando se dirigen al director de banco. Este rasgo probablemente explica las afirmaciones que consideran *señora* como característico de las zonas rurales.

Los informantes, sin distinción de edad, también emplean *mujer* con más frecuencia para dirigirse a un zapatero que para hablar con el director del banco, para quien aumentan el uso de *esposa* y *señora*. Ahora bien, los que sobrepasan los 45 años son más sensibles a la influencia del prestigio aquí examinado y cuando se dirigen al director de banco el término más empleado es *señora*.

Una subdivisión más refinada del continuum de edad revela que los informantes de menos de 20 años utilizan *mujer* (69%) menos y *esposa* (16%)/*señora* (15%) más que los informantes entre 20 y 45 años (M=84%, E=10% y S=6%).

Esta característica entra en contradicción con la regla general según la cual el uso de *mujer* disminuye con la edad, como bien ilustran las frecuencias totales observadas para informantes de menos de 45 años (M=73%, E=14% y S=13%) y más de 45 años (M=59%, E=22% y S=19%). Ahora bien, no debe tomarse como la inversión de una tendencia, pues probablemente refleja el hecho de que los jóvenes aún están bajo la influencia de los padres y otras figuras de autoridad,

³⁴ A. Rosenblat, *op. cit.*, pág. 125.

como los profesores, y que se espera de ellos más marcas de respeto³⁵. Es muy probable que cuando escapen de la órbita paterna estos informantes incrementen el uso de *mujer* y disminuyan el de *esposa/señora*, en conformidad con el grupo de los de menos de 45 años en conjunto.

Cuando se considera la influencia del estatus socioeconómico (SSE) de los hablantes (indicado por su profesión) sobre las frecuencias de las tres variantes, se observa una división clara entre P1/P2 por un lado y P3/P4 por otro. La variación que resulta de las diferencias en el estatus social del interlocutor es mucho más acusada en los informantes cuya profesión cae en la categoría P1 o P2 que en los del grupo P3/P4.

Además, en el caso de los informantes P3/P4, aunque las frecuencias de los tres términos considerados varían con el estatus socioeconómico del interlocutor, *mujer* resulta siempre más empleado que *esposa* y *señora*. Para los informantes P1/P2, sin embargo, *señora* es el término usado con más frecuencia para dirigirse a una persona de estatus social alto.

Puesto que las tres variantes se emplean básicamente del mismo modo en los cuatro grupos (P1, P2, P3, P4) cuando el interlocutor es de estatus socioeconómico bajo (zapatero), la diferencia observada en la variación entre los informantes P1/P2 y P3/P4 indica que los hablantes del nivel socioeconómico inferior son mucho más sensibles al prestigio de un interlocutor de estatus superior que los hablantes que pertenecen al grupo de estatus más elevado.

Como generalmente existe una fuerte correlación positiva entre nivel de educación y estatus socioeconómico (o profesión), no es de extrañar que la variación que muestran los informantes de bajo nivel educativo (esto es, aquellos cuya profesión se caracteriza como P1 o P2) sea mucho mayor que la ofrecida por hablantes de los niveles P3 y P4.

Así el contraste, entre los dos extremos, P1 y P4, ofrece los siguientes resultados:

P1:

M=28%, E=34%, S=38% (interlocutor alto SSE)

M=72%, E=17%, S=11% (interlocutor bajo SSE)

P4:

M=64%, E=15%, S=21% (interlocutor alto SSE)

M=73%, E=14%, S=13% (interlocutor bajo SSE)

No se observó ninguna diferencia significativa entre las frecuencias registradas para las tres variantes cuando el interlocutor era un zapatero y cuando era un vecino o un amigo, lo cual no tiene nada de sorprendente si se tiene en cuenta que, como se indicó antes, *mujer* se emplea menos y *esposa/señora* más cuando

³⁵ Una situación paralela se da en francés. Aunque los hablantes adultos generalmente evitan el término *dame* para expresar el significado 'mujer' (o 'esposa'), a menudo lo emplean con los niños, como en la expresión *Dis bonjour a la dame*. Esta frase ha sido adoptada por un cantante popular, Carlos, como leitmotiv de una canción en la que da una lista de cosas humorísticas, casi todas tontas, que los padres fuerzan a hacer a los niños.

el estatus social del interlocutor es superior al del hablante. Los amigos generalmente pertenecen a la misma clase social, e igual ocurre con los que viven en la misma vecindad.

Finalmente, en la elección de una variable dada influye la edad del interlocutor. Para todas las categorías de hablantes, cuanto mayor es el interlocutor menos frecuentemente se usa *mujer*. Esta disminución en la frecuencia de *mujer* va acompañada de un notable incremento en la de *señora* mientras que *esposa* muestra poca variación.

Al contrario de lo que ocurre con el prestigio social del interlocutor cuya importancia en la elección de *mujer*, *esposa* o *señora* varía con el estatus socioeconómico de los informantes (cf. *supra*), la edad del interlocutor provoca respuestas uniformes en todas las categorías de hablantes. La preferencia de *señora* sobre *esposa* ante interlocutores mayores concuerda con los resultados globales de los tests de evaluación subjetiva que sitúan *señora* más alto en la escala de respetabilidad (5,53 vs. 5,32 para *esposa* y 4,60 para *mujer*).

Como podría esperarse, los hablantes pertenecientes al grupo de menos edad (Edad 1) muestran un incremento más marcado en la frecuencia de *señora* para dirigirse a hablantes de más edad (27% si el interlocutor es mayor; 8% si es más joven) que la que corresponde a sus mayores (Edad 2/3): 27% vs 14%, respectivamente. Este patrón es similar al observado antes, según el cual los hablantes de clase social baja son más sensibles al prestigio de interlocutores de estatus elevado que los de clase alta.

2.3.2. Uso de 3ª persona

En el uso de 3ª persona la elección de una de las variantes está determinada en cierto modo por el tipo de interlocutor que interviene en el diálogo. Así, *mujer* se emplea más frecuentemente en presencia de un miembro de la familia o una persona de estatus social bajo (M=72%, E=15% y S=13%), mientras que *esposa* y *señora* ven incrementado su uso con interlocutores de clase alta (M=59%, E=21% y S=20%)

Además, la ocurrencia de las tres variantes y sus respectivas frecuencias se ven condicionadas por las características de la persona de la que se habla (estatus social y edad): el empleo de *mujer* es más frecuente con los «tópicos» jóvenes y los de bajo rango social.

La variación, sin embargo, es considerablemente menor en el uso de 3ª persona que en el de 2ª, como lo ilustra una comparación de los patrones de uso característicos de los hablantes de P1 y P2 (esto es, de bajo nivel SSE) cuando son confrontados con un interlocutor (uso de 2ª persona) y un tópico (uso de 3ª persona) de alto nivel SSE.

Uso de 2ª persona:

M=28%, E=33%, S=39% (interlocutor alto SSE)

M=73%, E=14%, S=13% (interlocutor bajo SSE)

Uso de 3ª persona:

M=47%, E=27%, S=26% (interlocutor alto SSE)

M=74%, E=15%, S=11% (interlocutor bajo SSE)

Mientras para estos grupos de hablantes (de bajo nivel socioeconómico) *señora* es el término empleado con más frecuencia en el uso de 2ª persona cuando el interlocutor es de estatus social elevado, no es este el caso en el uso 3ª persona donde, a pesar de una reducción de la frecuencia de *mujer* para un tópico de estatus social alto, el orden general (1. *mujer*, 2. *esposa/señora*) no se invierte nunca.

2.3.3. *Uso de 1ª persona*

En el uso de 1ª persona no se atribuye ninguna diferencia significativa al estatus social o edad del interlocutor. Se comprende que, puesto que el hablante habla de su propia esposa, su uso refleja principalmente su propia condición o más bien la estimación que tiene de sí mismo dentro de la comunidad de habla.

Para todas las categorías de hablantes, *mujer* es con mucho la voz que se emplea más a menudo y *señora* la menos frecuente (M=77%, E=14%, S=9%).

Los hablantes de menos edad y los de mayor nivel educativo (o los pertenecientes al grupo profesional P3/P4), así como los que viven en grandes centros urbanos, tienden a emplear *mujer* un poco más y *esposa/señora* menos que los otros.

2.4. *Uso en la lengua escrita*

Mientras en la lengua hablada *mujer* es el término que encontramos con más frecuencia, en los artículos de periódicos y revistas su dominio se ve considerablemente restringido por *esposa*, que se adapta bien al estilo más formal de la expresión escrita y es suficientemente neutro como para ser aceptable ante una amplia audiencia. *Señora*, en cambio, es poco frecuente.

Aunque en muchos casos no resulta claro por qué se emplea *esposa* en lugar de *mujer*³⁶, o viceversa, la elección de una u otra variante parece obedecer a unas cuantas tendencias generales. *Esposa* es más probable que aparezca en escritos que tratan de personas de alto rango social, tales como funcionarios del gobierno y otros miembros del *establishment*, especialmente en aquellos que son

³⁶ Dejamos a un lado aquí los casos en que *esposa* se emplea con objeto de eliminar una posible ambigüedad, como en los siguientes ejemplos: «La mayor parte de las mujeres son demasiado independientes para ser esposas» («A los tíos les gustan leonas», *Interviú*, 19-1-1978, pág. 30); «La inmensa sala de su cerebro se ha adueñado someramente con un televisor y un cochecito, con una esposa ambiciosilla y descontenta sexual [...]» («Los contemporáneos», *Triunfo*, 28-5-1977, pág. 9). También es su valor semántico inequívoco lo que convierte a *esposa* en la única elección posible en expresiones carentes de contexto, tales como títulos de películas, cuando el significado que se busca es 'cónyuge': «Juego de tres esposas», «Esposamente» («Espectáculos», *La Vanguardia Española*, 1-11-1978, pág. 34).

conocidos por sus ideas conservadoras. Por el contrario, *mujer* se aplica con más probabilidad a figuras del mundo de los espectáculos, como cantantes, actores, etc., y a personalidades políticas que proyectan una imagen progresista, si bien *esposa* también ocurre frecuentemente en estos contextos.

En cuanto a *señora*, su uso se limita prácticamente a escritos que versan sobre funcionarios de rango elevado en situaciones muy formales tales como recepciones en la corte o en una embajada³⁷:

Fue recibido en la estación de Atocha por s. m. el Rey, que vestía de chaqué y sombrero de copa; presidente del Consejo, marqués de Estella, de uniforme; embajador de Italia, marqués de Médicis del Vascello, y todo el personal de la embajada con sus *señoras*.

Señora tiene lugar también en frases elípticas en las que se suprime el posesivo *su*:

Pinochet y *señora* (*Cambio* 16, 9-9-1977, pág. 55).

El almirante Merino y *señora* (*Triunfo*, 20-5-1978, pág. 60)³⁸.

Puede utilizarse, además, junto a *esposa*, en cuyo caso es ésta la palabra portadora del significado de cónyuge, mientras que *señora* actúa como mero refuerzo del término principal y sirve para añadir una connotación de dignidad, al igual que ocurre en las frases *el señor cura*, *el señor doctor*, etcétera:

Mientras el general Videla, al lado de *su señora esposa*, —mantilla negra—, obtenía en la plaza vaticana de San Pedro indulgencias plenarias [...] (*Cuadernos para el Diálogo*, 16-9-1978, pág. 27).

Particularmente importante en la determinación de la elección de una variable determinada es el escenario del suceso que se describe. En el siguiente fragmento de un artículo acerca del presidente de los Estados Unidos, aparecido en el *ABC*, el término *mujer* se emplea a causa de la atmósfera muy informal que se representa, si bien en una crónica política de un periódico conservador *esposa* es la variante que uno normalmente emplearía.

Las últimas dos semanas han sido un melodrama; y el término no es mío, sino del *New York Times*: la subida al monte, las entrevistas con cientos de personas, el presidente y su *mujer* sentados en el suelo tomando notas de lo que les decían, las escapadas a dos casas de norteamericanos anónimos [...] («Decepción ante el reajuste del gabinete Carter», *ABC*, 20-7-1979, pág. 17).

³⁷ Este ejemplo tomado de un artículo titulado «El duque de los Abruzzos en Madrid» y publicado en la columna «Hace medio siglo ABC decía...» (*ABC*, 11-17 de junio de 1928) podría tomarse como ilustración de un uso que ya no se acepta en la España de hoy. *Señora* se emplea aún en nuestros días, sin embargo, en contextos semejantes y para las esposas de los jefes de Estado.

³⁸ Construcciones similares son posibles con *esposa*, pero no con *mujer*: Pinochet y esposa, *Pinochet y mujer.

Aunque en numerosos casos *esposa* y *mujer* (e incluso *señora*) podrían sustituirse entre sí, el ejemplo precedente indica que el uso de una variante dada en un contexto inesperado puede resultar un instrumento estilístico eficaz para centrar la atención del lector en un aspecto del suceso descrito, o para subrayar el punto de vista o la actitud del escritor. Así, mientras la esposa de Felipe González, líder del partido socialista, es generalmente referida como *esposa* o *mujer*, el término *señora* cuadra bien con el retrato irónico de González en un ambiente hogareño:

¡Guerra con un romance! Y encima atrayéndose las iras de Felipe que en esto del amor a lo que aspira es a salir en el *Lecturas* con un delantalito, cocinando con su *señora* y sus hijos [...] («Los preciosos ridículos», *La Calle*, 27-6-1978, pág. 18).

Según cambian las circunstancias dentro de un artículo, no es infrecuente encontrar dos o tres variantes seguidas³⁹. En una entrevista hecha a Palomo Linares tras un accidente que le tuvo internado en el hospital, el torero primeramente se refirió a su cónyuge como *mi esposa* al contar sus planes al entrevistador, en una declaración que tiene mucho de ejercicio de relaciones públicas destinado a tranquilizar y complacer al lector:

Pienso pasar allí mi convalecencia. En mi casa al lado de mi *esposa*, estoy seguro de que todo irá rápidamente y dentro de nada me encontraré de nuevo en disposición de entrenarme, de volver a los toros, de cumplir con todos los compromisos que tengo pendientes.

Más adelante, sin embargo, cuando se le preguntó acerca de sus sentimientos y pensamientos en el momento del accidente utilizó *mujer* para referirse a su esposa:

Tener un hijo es algo muy importante y es lógico que en aquellos momentos me acordara sobre todo de *mi mujer* y de mi futuro hijo.

El uso de *mujer* en esta respuesta debe considerarse motivado por el estado emocional de Palomo Linares, pues evoca peligro y la posibilidad de su muerte⁴⁰. Este ejemplo concuerda con la observación de Labov⁴¹ de que el temor ante la muerte puede emplearse para extraer un lenguaje natural y espontáneo en las entrevistas lingüísticas.

³⁹ *Mujer* y *esposa* se encuentran a menudo uno al lado del otro con objeto de evitar la repetición del mismo término, como en la siguiente cita: «La Policía se pregunta qué indujo al marido a acabar con la vida de su *esposa*, el mismo día de su boda, y lo que más llama la atención de los investigadores, es el saber cómo pudo asesinar y descuartizar a su *mujer*» (*La Calle*, 27-6-1978, pág. 18).

⁴⁰ La emoción de Palomo Linares se revela a través de otros elementos en la oración, en particular su uso del demostrativo *aquellos*.

⁴¹ W. Labov, *The Social Stratification of English in New York City*, Center for Applied Linguistics, Washington D. C., 1966, pág. 107.

Señora puede encontrarse también alternando con *esposa*, generalmente con una intención humorística como el siguiente texto donde el escritor hace burla de las complicaciones del protocolo:

[...] cuando el ministro local invita a cenar, el distinguido huésped se coloca en el lugar de honor, a la derecha de la *esposa* del ministro. Pero dado que se trata de una dama, hubo en esta ocasión que colocarla a la derecha del ministro, lugar que ocupa tradicionalmente la *señora* del invitado de honor. ¡Qué cosas! («La ministra», *Cambio 16*, 5-2-1978, pág. 59).

El valor humorístico de *señora* —resultante de la discordancia entre el tema del pasaje y el carácter formal y refinado del término— es también obvio en la descripción sarcástica del Dr. Gorbea sobre lo mal que algunas personas tratan el problema de la enfermedad venérea:

Hoy, en nuestras consultas, hemos tenido muchos casos como éste: aparece un señor con una blenorragia violentísima, en lunes, y nos dice: «Mire, doctor, qué tragedia. Por diferentes circunstancias he retrasado mi boda varias veces; ahora ya es imposible. Me caso el jueves próximo, y mire como estoy». El sábado anterior había celebrado una despedida de soltero, y adquirió una buena colonia de gonococos. Pues bien, este enfermo se casa el jueves con toda tranquilidad y sin el menor asomo de peligro pasa una infección a su *señora* [...] (A. Gorbea, *El hombre, la mujer y el problema sexual*, Círculo de Lectores, 1969).

Dejando así claro su punto de vista al dramatizar el caso, el Dr. Gorbea pasa luego a ocuparse seriamente del tema y *señora* da lugar a *esposa*:

Un individuo que padece sífilis debe voluntariamente hacerse reconocer [...] pues de no hacerlo se expone a estos tres graves peligros: 1º el peligro de contagiar a su *esposa* [...]

En un artículo que da cuenta de una entrevista del en su día Presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, y su ministro Abril Martorell, aparecen los tres términos *mujer*, *esposa* y *señora*. En el texto *esposa* es la palabra empleada para referirse a las cónyuges de ambos. En sus respuestas Suárez utiliza *mi mujer* en consonancia con la atmósfera democrática que rodea a la entrevista, pero cuando le pregunta el entrevistador muestra respeto hacia el presidente empleando *señora*:

Usted se acercó el otro día al centro de Ibiza con su *señora* para hacer algunas compras, y yo quisiera saber cuánto dinero suele llevar un presidente cuando sale a la calle.

El mismo entrevistador, sin embargo, pasa luego a usar *esposa* con objeto de distinguir la mujer con la que Suárez se casó de aquellas que conoció antes de casarse:

¿Cuántas novias tuvo antes de conocer a su *esposa*? («Suárez se destapa al sol», *Interviú*, 17-3-1979, págs. 23-25)

De este modo, aunque la distribución de las tres variantes consideradas en la lengua escrita difiere de la registrada en la lengua natural, especialmente a causa de los diferentes niveles lingüísticos y tipos de auditorio a que dan lugar, los factores que rigen la variación observada en ambos casos parecen ser básicamente los mismos.

2.5. Resumen y conclusiones

Los resultados obtenidos de las respuestas al cuestionario indican que *mujer* debe considerarse como el término «no marcado» para expresar el significado de ‘esposa’ en castellano moderno. Es el término usado en las conversaciones más frecuentes y normales: con miembros de la familia, amigos, vecinos, pares, y en general personas cercanas al hablante; el caso extremo es el del hablante que alude a su propia esposa.

En situaciones donde los hablantes están, en cambio, confrontados con un interlocutor perteneciente a un grado social superior, o a un grupo de más edad, la frecuencia de *mujer* decrece mientras que la de *esposa* y *señora* crece. La función de *esposa* y *señora* parece ser la de mostrar respeto a personas de más alto prestigio social o de más edad. Por consiguiente, la frecuencia de *señora* y *esposa* alcanza su grado máximo en el uso de 2ª persona, esto es, en interacción cara a cara con el marido de la mujer aludida, en las condiciones mencionadas antes. En el uso de 3ª persona los hablantes no encuentran tan imperativo elegir los términos más corteses, más refinados que se antojan necesarios en casos de tratamiento directo.

La variación observada es el resultado de los valores opuestos que diferentes grupos de la comunidad de habla atribuyen a las tres variantes. Por un lado, el sentimiento de algunos hablantes de que *señora* y *esposa* son más refinados o menos toscos que *mujer* condiciona su uso en muchas situaciones donde se requieren más marcas de respeto y/o formalidad. Por otro, los mismos términos suenan arcaicos, afectados e incluso ridículos en otras circunstancias o a otros grupos de hablantes. En particular está claro que *mujer* es preferido por la gente joven, y esta distribución, junto con la observación de que *mujer* se acepta hoy más que en el pasado, indica que *mujer* lleva camino de convertirse en el término para el significado de ‘esposa’. María Moliner reconoce claramente esta evolución cuando escribe:

Antes, se consideraba poco delicado llamar *mujer* con el significado de *esposa* a una señora; pero ahora es corriente, refiriéndose alguien a la suya propia o la de un hombre con quien tiene confianza⁴².

⁴² El término *señora*, tanto con el significado de ‘esposa’ como de ‘mujer’, parece demasiado afectado en la atmósfera democrática de la España de hoy, siendo generalmente desplazado por *mujer*,

Varios obstáculos permanecen, sin embargo, en el camino que conduce a una completa generalización de *mujer*. Todavía hoy *mujer* se siente como inadecuado entre algunas personas, o en determinadas situaciones, y los hablantes que están más alejados de aquellos grupos que exigen respeto o formalidad aún emplean *esposa*⁴³ y *señora* con cierta frecuencia. Tal es el caso de los hablantes de la clase baja y los menos instruidos, así como los jóvenes; en menor grado también es el caso de los varones que sienten más necesario mostrar deferencia y cortesía hacia el otro sexo. Un cambio general hacia una sociedad más liberal, menos estratificada, sin embargo, y una opinión diferente sobre el lugar de la mujer en la sociedad, probablemente contribuirán a que *mujer* continúe acaparando el espacio antes ocupado por *esposa* y *señora*, un proceso que ya está muy avanzado e incluso completado para algunos miembros de la comunidad lingüística.

de lo que es un buen testimonio el ejemplo «Mujeres, nada de 'señoras'», tomado de una novela de M. French: «En el primer capítulo nos encontramos con Mira escondida en el 'lavabo de señoras' en el que alguien ha modificado el rótulo, tachando la palabra 'señora' y garabateando debajo 'mujeres'» (M. Pessarrodona, «Marilyn French en Barcelona: Mujeres nada de señoras», *La Vanguardia Española*, 24-10-1978, pág. 23).

⁴³ *Esposa* se emplea a menudo como compromiso, cuando *mujer* se siente demasiado vulgar y *señora* demasiado formal o afectado.